

guardias y espantado el populacho, lo recibió de rodillas y con lágrimas. Contra sus hábitos de crueldad, el emperador perdonó: los culpables eran gente humilde, de la cual no tenía nada que temer.

La ciudad, sin embargo, perdió la mitad de las distribuciones que se le hacían, y cogido Pablo por sorpresa fué arrojado en un barco que lo condujo á un segundo destierro. Pero cuando el prefecto del pretorio, bien escoltado y todo, quiso conducir á Macedonio á la iglesia y á su cátedra episcopal, en que había de sentarlo por su mano el mismo emperador, le fué preciso abrirse camino con la espada á través de la enojada multitud, habiendo perecido en la refriega más de tres mil hombres.

Esta doble entronización, *manu militari*, de Gregorio y de Macedonio muestra la importancia de la lucha empeñada en las dos capitales del Oriente; lucha que se reproducía en otras ciudades: Atanasio, que no lo conoció ni lo dijo todo, atestigua que hubo también tumultos en muchas ciudades de la Tracia. La raza disputadora de los griegos había encontrado en la teología cristiana inagotables asun-



Constantio II (medallón de plata)

tos de controversia. Como en otro tiempo se iba á las solemnidades literarias, á las lecturas públicas y á las improvisaciones meditadas de los retóricos, fbase ahora á las asambleas en que los nuevos doctores disertaban sobre la esencia del Padre y del Hijo; y estas asambleas se renovaban incesantemente. A Marcelino representa los caminos públicos cubiertos de sacerdotes que acudían á sus asambleas, y cada cual, dice, quiere hacerlo girar todo en favor de sus ideas (1).

El Occidente, donde no caldeaba las cabezas un sol tan ardiente, tenía una fe más tranquila y determinada, y el clero de Roma, que parece haber heredado ya el espíritu político del senado republicano, tomaba poco á poco la dirección del movimiento religioso. Su jefe no había asistido nunca á un concilio celebrado fuera de su diócesis para no tener que ventilar cuestiones de precedencia y de autoridad doctrinal, que prefería dejar en una vaga lejanía, de donde en circunstancias propicias pudieran salir un día derechos incontestables. En estos momentos aprovechaba hábilmente las disensiones de la Iglesia oriental para presentar á Roma como el centro de la ortodoxia y el refugio de los que sufrían en su nombre. Con una audacia que tenía mucha habilidad y no poca grandeza, protegía el Papa á Pablo de Constantinopla, á Atanasio de Alejandría, á Mar-

(1) Am. Marcelino, XXI, 16, *ad finem*. El 20.º cánón de Antioquía había decidido que en cada provincia eclesiástica hubiera dos sínodos anuales, y los benedictinos de San Mauro contaron en el reinado de Constantio más de 40; de los cuales el de Milán reunió más de 300 obispos. Se ha visto en otro lugar que Constantino puso el *cursus publicus* á disposición de los obispos y sacerdotes que llamaba á la corte ó enviaba al concilio. El obispo de *Centumcella* (Civitavecchia) alude también en 355 al enorme gasto que arrastraba este servicio (Teodoro, II, 16).

celo de Ancira, á Asclepas de Gaza, á Lucio de Andrinópolis, y á todos los perseguidos por los eusebianos (2).

Pero defender en las grandes ciudades de Oriente los nuevos derechos á que aspiraba la Iglesia, era levantar la mano contra Constantio: era pues necesario disponer también de una espada, y el emperador de Occidente fué hábilmente comprometido. Este joven, débil de espíritu y de costumbres groseras, era incapaz de comprender que se trataba de decidir si los obispos habrán de ser en el imperio simples funcionarios religiosos ó en sus iglesias jefes espirituales libremente elegidos é independientes del poder laico. Estaba entonces en el Norte de la Galia, ocupado en combatir ó en negociar con los francos. El Papa le escribió extensamente, le envió á Osio de Córdoba, el consejero del gran Constantino, y encargó al obispo de Tréveris, que había dado hospitalidad á Atanasio durante su destierro, que retuviera á Constante en la ortodoxia.

El príncipe, que veía á sus obispos de acuerdo y á sus pueblos siguiendo á sus obispos, permaneció con ellos, y á solicitud del Papa, propuso á su hermano la convocación de un concilio general en Sárdica (Sofía), en los confines de los dos imperios.

Accedió á ello Constantio y expidió las cartas necesarias (344) (3) en cuya virtud se reunieron en la ciudad indicada setenta obispos. Julio no asistió, haciéndose representar por dos sacerdotes, y Osio, que merecía toda su confianza, dirigió las sesiones como en Nicea.

El juicio que se iba á pronunciar estaba decidido de antemano: unos creían que se iba á anular el decreto de los concilios de Tiro y de Antioquía; otros que á mantenerlo. La cuestión era en el fondo esencialmente política: las iglesias del imperio oriental quedarán subordinadas á las del Occidente? Por eso permanecía Constantio tan firmemente adherido á su clero arriano.

Quando los orientales vieron admitido en el concilio á Atanasio, se negaron á tomar asiento con los *excomulgados* y en número de ochenta se retiraron á Filipópolis. Desde allí se empeñó el combate y se cruzaron los rayos que los dos concilios fulminaron uno contra otro. Los Padres de Sárdica depusieron á once orientales; los de Filipópolis excomulgaron de nuevo á Atanasio y con él á ocho de sus adictos, entre los cuales se contaban Osio y el papa Julio. La división era completa, y el límite de los dos imperios marcaba el de las dos iglesias.

El concilio que iniciaba el cisma de que se duele aún la cristiandad, era una desgracia para la religión, pero fué un beneficio para el papado. Amenazados por los orientales

(2) Habiéndose reunido todos ellos en Antioquía, le contestaron con una carta muy viva, en que le decían «que no le competía hacer una información sobre el hecho de haber expulsado á algunos obispos de sus iglesias, puesto que cuando expulsó él á Novato, no reclamaron ellos contra esta decisión» (Sócrates, II, 15). En este pasaje y en el capítulo XVII invoca Sócrates en favor de la intervención del Papa, cánones que no existían. Véase sobre este asunto la discusión del presidente Cousin al frente de su traducción de Sócrates.

(3) Para los negocios religiosos de aquel tiempo la cronología es muy confusa. Sócrates (II, 20) Sozómenes (III, 12) y después de ellos Tillemont, Fleury y el *Arte de verificar las fechas*, ponen en 347 el concilio de Sárdica, que Hefele y el duque de Broglie refieren á 343. Nosotros lo colocamos en 344 en razón del motivo dado por los eusebianos para su partida de Sárdica. Fueron llamados, dicen, por Constantio para la celebración de su triunfo sobre los persas. Ahora bien, esta solemnidad que el emperador quería que fuera brillante y ruidosa, debe de haberse celebrado por la batalla de Singara. La fecha de 344 se aviene por otra parte con la Crónica de San Jerónimo, que pone la vuelta de Atanasio á Alejandría en 346, y sabido es que esta vuelta fué dos años después del concilio. El sabio P. Mansi, arzobispo de Luca, en su *Suplem. ad collect. concil.* 1748 adoptó esta misma fecha de 344.

en su fe y en su deseo de conservar la unidad de la Iglesia, los obispos de Occidente sintieron más vivamente la necesidad de un jefe y se agruparon al rededor de aquel que ocupando la silla más ilustre, parecía el más autorizado para hacer que prevaleciera el principio de la unidad. En todas épocas, el peligro robustecerá en el seno de la Iglesia el espíritu de disciplina y la concentración de las fuerzas.

En una carta dirigida al Papa, los Padres de Sárdica le dieron cuenta de lo que habían hecho, porque conviene, decían, conviene que los obispos sometan los negocios á la Silla de San Pedro; y como los emperadores permitieron que todo se examinara de nuevo, revisaron la causa de Atanasio para justificarlo é hicieron nueva información sobre los partidarios de Arrio para condenarlos.

Al terminar rogaban al Papa que diera por escrito conocimiento de sus actos á las Iglesias de Italia, de Sicilia y de Cerdeña. Según el uso se envió otra carta á los obispos ausentes, á fin de que todos los que se adhirieran á las decisiones conciliares, estuvieran «en comunión» con los Padres de Sárdica. Así se constituía el gran cuerpo de la Iglesia ortodoxa.

Tres puntos importantes hay que considerar en la carta al Papa: el derecho reconocido aún en el poder civil para autorizar y por consiguiente para limitar las deliberaciones del concilio; la jurisdicción particular del Papa sobre las iglesias suburbicarias, comprendidas en el vicariato de Roma, y la deferencia de los Padres con la Silla romana, donde las apelaciones de los obispos condenados en su provincia, puedan, «en honor de la memoria de Pedro,» ser producidas y examinadas por nuevos jueces, si el Papa lo ordena.

Aconsejando este recurso á los obispos á quienes no satisficiera el juicio pronunciado por sus colegas provinciales, no hacía más el concilio que atribuir al Papa la jurisdicción voluntaria reconocida por Constantino á los obispos en sus diócesis; pero este canon era la piedra sobre la cual iba á levantarse el inmenso edificio desde donde gobernará soberanamente el papado al mundo católico.

Los orientales habían redactado también una carta circular en que referían y explicaban sus actos. Sólo nos haremos cargo de su doctrina respecto á los concilios y á su oposición al carácter que el papado procuraba tomar. Poniendo á Julio fuera de su comunión, habían querido herir en la cabeza á la Iglesia occidental, que les parecía tan dispuesta á aceptar un amo, y rechazando la sentencia de los Padres de Sárdica entendían mantener la autoridad de sus concilios, único gobierno espiritual que querían reconocer.

Los occidentales tenían el mismo principio; pero de los concilios tenían unos por legítimos y otros por ilegítimos: los de sus adversarios tenían naturalmente para ellos este último carácter. «Han juzgado á los jueces, decían los orientales, y reformado las sentencias de los que están ya con el Señor. Lo que concilios legítimos han ordenado, debe subsistir firme: la Iglesia no puede tocar á esto, porque no ha recibido de Dios semejante potestad.»

Negar á la Iglesia el derecho de reforma, valía tanto como negar que la revelación continuaba en ella por el Espíritu Santo, quitándole así el principio que será su fuerza contra el poder civil.

Se imputa á Constantio haber continuado, después del concilio de Filipópolis, la persecución contra los ortodoxos (1). Muchos obispos fueron depuestos y desterrados:

(1) Sócrates no conoce esta persecución; pero Sozómenes y Atanasio hablan de ella extensamente.

difícilmente hubiera podido ser de otra manera. Los ochenta obispos que se habían separado del concilio de Sárdica no podían menos de romper en sus provincias con los aliados de las iglesias de Occidente; y el príncipe expulsaba de la casa episcopal á todos aquellos á quienes sus obispos negaban el ósculo de paz. Si se juzga por lo que pasó en Andrinópolis, es lícito suponer que en varios puntos hubieron de estallar turbaciones que eran inevitables, en medio de las pasiones excitadas por la crisis religiosa.

Quando á la vuelta de su sínodo llegaron los eusebianos á la capital de la Tracia, el obispo de esta ciudad rehusó comunicarse con ellos, y tomando el pueblo partido por su clero, suscitó un tumulto de que fueron víctimas diez monederos: esta muerte les valió el título de mártires.

En cuanto al obispo, se le envió al destierro con cadenas en las manos. Un contemporáneo, San Cirilo de Jerusalén, exclama dolorosamente: «¡Obispos se levantan contra obispos, sacerdotes contra sacerdotes, pueblos contra pueblos y llegan hasta á derramar sangre!» Pero recuerda que la traición se había deslizado entre los apóstoles y se consuela pensando que las turbaciones de la Iglesia habían sido anunciadas por las Escrituras (2).

Constantio había tomado grandes precauciones para impedir que Atanasio volviera á Alejandría; pero cartas premiosas, primero, y amenazadoras después, que le dirigió su hermano, quebrantaron la resolución de un hombre cuyo valor no era la cualidad dominante. «Recibe á Pablo y á Atanasio, le decía Constante, y castiga á los que injustamente los han atormentado. Si no lo haces tú, yo mismo iré á restablecerlos en sus sillas.»

Temiendo ser cogido entre dos guerras, la de Persia que volvía á empezar y la que le anunciaba su hermano en sus violentas cartas, el emperador de Oriente aprovechó la ocasión de la muerte de Gregorio, ocurrida precisamente en aquellos momentos, para permitir que volviera Atanasio á Alejandría (346).

III. — LOS ORTODOXOS PERSEGUIDOS. — ATANASIO. LUCÍFERO. — HILARIO

Pacíficos por el temor que les inspiraba el protector de los ortodoxos, dieron de lado por algún tiempo los eusebianos á la cuestión religiosa y tuvo el imperio cinco años de sosiego. Pero muerto Constante volvió á empezar la guerra. Durante el invierno que precedió á la batalla de Mursa (350-351) veinticuatro obispos, que habían seguido á la corte, reunidos en concilio en Sirmio, acusaron á Fotino, obispo de esta ciudad, de negar toda distinción entre las personas divinas y lo condenaron como sabeliano. Era un golpe hábilmente dirigido contra los ortodoxos que con su dogma de la consustancialidad del Padre y del Hijo, parecían inclinarse á la herejía sabeliana y destruir la humanidad de Jesucristo. Derribado Magnencio, y siendo ya dueño de Occidente el príncipe de sus simpatías, renovaron con singular perseverancia en el odio el eterno proceso contra su grande enemigo.

Sobre las antiguas acusaciones, de que suponían que Atanasio no se había lavado, imputábanle ahora turbar todo el Egipto y de hacer ordenaciones fuera de su diócesis. Constantio, entonces en su ciudad de Arles, reunió un

(2) Sócrates (II, 23) dice que todos los obispos de Oriente, justificados por el concilio de Sárdica, fueron restablecidos en sus sillas, que Lucio de Andrinópolis recobró la suya y que Pablo compartió con Macedonio su diócesis de Constantinopla, teniendo cada uno de ellos en esta ciudad su iglesia y sus asambleas particulares. El clero arriano de Alejandría conservó también sus inmunidades.

concilio que condenó de nuevo á Atanasio (353). Habiéndose negado á suscribir la sentencia San Paulino de Tréveris, fué desterrado al fondo del Asia Menor.

Pero quedaban refractarios; y decidido el emperador á acabar la guerra religiosa, como había terminado la guerra civil, convoca en Milán trescientos obispos, casi todos occidentales, para obligarlos á firmar el acta de deposición (355). No lo consiguió sino después de vivas discusiones, pues si el Evangelio recomienda la sumisión á las potestades establecidas, el Antiguo Testamento aconseja en varios lugares la sublevación, y estos libros se leían en todas las comunidades. Animados del espíritu de los profetas de Israel, algunos doctores hicieron oír muy libres discursos, y cuando se les recordaron los derechos del príncipe que el cielo había consagrado cubriéndolos con su protección constante, adujeron ellos el recuerdo de aquellos reyes cuya injusticia había tolerado Jehovah por algún tiempo para precipitarlos luego en caída más ruidosa.

Uno de estos doctores, Lucífero de Cagliari, burlándose de la supuesta ciencia teológica de Constancio, se atrevió á pronunciar en alta voz las palabras que murmuraban en voz baja todos los ortodoxos: «Es, como su padre fué, otro de esos arrianos precursores del Antecristo (1).»

El galo Hilario de Poitiers repitió estas palabras con una elocuencia oriental llena de movimiento, pero también de cólera, llamando á Constancio perro, lobo rapaz, *immanis fera*. Pero también tuvo bellas palabras. Reconviniendo á Constancio por los numerosos símbolos formulados por sus obispos de Oriente, dice:

«Lo mismo os ha sucedido que á los ignaros arquitectos, disgustados siempre de sus obras. No hacéis más que edificar y derruir; mientras la Iglesia católica, desde la primera vez que se reunió hizo un edificio inmortal, y dió en el símbolo de Nicea tan plena declaración de la verdad, que no hay sino repetirla para condenar eternamente el arrianismo.»

Los obispos de Milán y de Vercelli fueron casi tan duros como Lucífero, y las imperiosas exigencias del obispo de Trípoli respecto de la emperatriz Eusebia muestran con qué libertad hablaban aquellos pontífices á los sucesores de los que se habían creído hasta entonces los señores indiscutibles de la tierra. He aquí cómo los tribunos populares, olvidados cinco siglos há, reaparecen amenazando al opresor, no con la irritación de un pueblo impotente, sino con la cólera divina, nuevo procedimiento para suscitar revoluciones.

En efecto, estuvo para estallar un gran tumulto en Milán. Constancio había asistido al concilio ocultando tras un velo su majestad imperial; pero cuando oyó las palabras de Lucífero entró resueltamente en escena y contestó al alto lenguaje del sacerdote cristiano:

«Lo que yo quiero debéis vosotros tener por regla. Mis obispos de Siria dan por bueno que así sea, y Dios está conmigo, pues que ha puesto en mi poder todo el mundo romano. Los que no obedezcan serán condenados al destierro.»

Al destierro fueron efectivamente Osio de Córdoba, Paulino de Tréveris, Dionisio de Milán, Eusebio de Vercelli,

(1) V. Lucífero Calaritano: *Duo libri pro Athan. ad Const. imper., su Morendum esse pro Filio Dei, et el De non parcendo delinquentibus in Deum* (edic. Venecia, 1778), donde dice á Constancio: «Sabemos la obediencia que te debemos á tí y á los que están en dignidad, pero la debemos sólo para las obras buenas.» Pero ¿cuáles son las obras buenas? Los obispos, pues, se hacían jueces de la ley civil y de las medidas tomadas por la autoridad temporal. Tertuliano había hablado ya como Lucífero. Ya veremos cómo hablan Gregorio y Atanasio.

Lucífero de Cagliari y gran número de sacerdotes, y entre ellos Liberio, el sucesor del papa Julio, que arrebatado de Roma y conducido á Milán, no se doblegó á la voluntad soberana. Como el príncipe le reprochaba ser el único que defendía á un gran culpable, manteniendo la inquietud y malestar del imperio con temeridad digna de castigo, el Papa contestó: «Tres jóvenes de Israel se resistieron al más terrible de los reyes de Oriente y fueron arrojados á un horno encendido; pero el horno con todo su fuego fué impotente contra ellos.» La Iglesia amaba este símbolo de la fe, triunfante de los reyes y de las torturas: se le ha encontrado entre las pinturas de las catacumbas.

Constancio, tan pronto para castigar hombres aislados, creía prudente, cuando temía, no exponerse á provocar un tumulto con la ejecución de un decreto. Hubiera él querido que Atanasio se desterrara de suyo; pero el obispo no se prestaba á este cálculo, resuelto como estaba á no ceder más que á la fuerza. San Antonio y sus monjes habían bajado de sus montañas para atestiguar ante el pueblo de Alejandría la pureza de su doctrina, y Atanasio ejercía tranquilamente sus funciones episcopales, mientras los que habían combatido por él en Milán, cogidos de improviso lejos de sus iglesias y de sus fieles, estaban dispersos en diferentes regiones.

Después de hábiles tentativas para decidirlo á alejarse, recurrió el duque Siriano á una ejecución militar, que hizo otra vez heridos y muertos. «Huyendo como David ante los satélites de Saul,» tuvo que refugiarse Atanasio en los monasterios de la Tebaida, donde los monjes de Antonio y de Pacomio le dieron una guardia más segura que la de los *protectores* á su príncipe. Jorge de Capadocia ocupa su lugar en el trono arzobispal de Alejandría. Expulsados los ortodoxos de las iglesias que los arrianos ocupaban, procuraron reunirse en los arrabales ó extramuros; pero la fuerza armada los dispersó hiriendo y matando, según costumbre. Diez y seis obispos fueron depuestos y treinta tuvieron que darse á la fuga, escondiéndose luego en las cavernas de las montañas y en los antiguos sepulcros.

Al decir de los autores eclesiásticos, la persecución de Diocleciano había sido menos cruel. Atanasio, cuyas cartas circulaban por todas partes á despecho de la policía imperial, llamaba á Constancio el verdugo de su familia, el tirano de la república y verdaderamente para la Iglesia la imagen del Antecristo.

Por su parte, Lucífero de Cagliari, internado en la Palestina, hacía llegar hasta la misma corte un libelo en que pudo leer el príncipe estas palabras:

«Si hubieras caído en manos de Matatías ó de Fineo, hubieras muerto al filo de la espada, y dices que yo te injurio porque mortifico con mi palabra tu espíritu empapado en sangre de cristianos. Emperador, ¿por qué no te vengas de mí? ¿Por qué no hieres á este mendigo que te insulta? Bien lo quisieras tú, pero no has recibido poder para ello de Aquel que me permite que te eche en cara tus crímenes. ¿Piensas que hemos de respetar tu diadema, tus zarcillos, tus brazaletes, tus preciosas vestiduras en mengua de nuestro honor, en menosprecio de Dios? Necio eres en decir: Soy injuriado por un miserable, yo que soy emperador; debieras decir: soy reprendido por un obispo, que me tiene justamente por un lobo rapaz y devorador.»

Y Constancio no se atrevía á herir, intimidado por el mendigo de Cristo (2).

(2) Las obras de Lucífero contienen el más rico vocabulario de injurias que se hayan dirigido jamás á un príncipe (V. en el *Índice* de la edición de Venecia la palabra *Constantinus*). Ni Atanasio, Hilario

En Constantinopla estalló un tumulto; en Roma y en Nápoles, los obispos que ocupaban el lugar de los desterrados estaban abandonados por buena parte de sus clérigos; en Galia, Hilario de Poitiers rechazaba de su comunión á los acusadores de Atanasio, y éstos obtenían contra él un decreto de destierro. «El infierno estaba desencadenado (1).» Degollábanse entonces unos á otros por la religión y por ella seguirán degollándose mucho tiempo; más tarde será por la política. Los motivos son diferentes, el resultado es el mismo. Si el hombre, como algunos pretenden, es un animal perfeccionado, tiene que hacer todavía muchos progresos para ser un animal humano.

Cuando Constancio visitó la ciudad eterna, después del concilio de Milán (357), algunas matronas le pidieron con empeño que levantara el destierro de Liberio, y el emperador contestó que accedería de buen grado á ello si el desterrado consentía en compartir sus funciones con Félix, su sucesor, de modo que cada uno de los dos obispos gobernara en paz su congregación (2). Así lo habían hecho en Constantinopla Macedonio y Pablo; en Alejandría, aun enfrente de Atanasio, se había mantenido un clero arriano; y á la muerte de Constancio no tuvo Antioquía menos de tres obispos, rodeado cada uno de sus fieles, que para los demás eran herejes. Muchas comunidades rivales debían subsistir así en muchas ciudades.

Mejor disciplinados los ortodoxos de Roma, rehusaron la repartición. Pero Liberio cedió á las molestias del destierro, y escribió al emperador una carta de sumisión adheriéndose á una fórmula de fe que no contenía la palabra sacramental de consustancialidad. El gran Osio hizo lo que él. Los concilios de Rímni y de Seleucia, celebrados en 359 por orden del emperador y bajo la vigilancia de sus condes, aseguraron, al parecer, el éxito de la política religiosa de Constancio. «El mundo, dice San Jerónimo, se asombró de encontrarse arriano.» Y un contemporáneo exclama: «Mientras Barrabás, indultado, triunfa, Jesús es crucificado otra vez.»

Pero la paz y unión, impuestas por la potestad civil, sólo existían en la superficie, y aunque la fe, ortodoxa ó arriana, continuara propagándose, pues en aquel mismo año de 359, el prefecto de Roma, Junio Baso, se hizo bautizar en su lecho de muerte, la confusión estaba más que nunca

de Poitiers y Gregorio de Nacianzo tienen más miramientos á los emperadores; los herejes son naturalmente más libres y sueltos de lengua ó pluma. Un famoso libro de Atanasio, la *Historia de los arrianos*, no es más que un *libelo oratorio*, dice el docto biógrafo del santo (Fialon: *San Atanasio*, p. 207). Pero no se respetaban más obispos y doctores entre sí. Jerónimo tiene mordaces palabras contra Ambrosio (*Vida de San Ambrosio*, por el canónigo Hermant, pág. 128), Atanasio contra todos sus adversarios, Gregorio Nacianceno contra los Padres del concilio de Constantinopla, á quienes llama bandada de grajos y enjambre de avispa. Otra vez reprocha á Basilio, que lo había designado obispo de Sásimo, de haberle dado esta triste residencia sólo para que el nuevo obispo vigilara, por el metropolitano de Cesarea, los pasos de los montes por donde llegaban las rentas á la casa episcopal (V. su poema: *Sobre su vida*, verso 400 y sig.). En su carta 49 dice: «Dirigirse injurias es agitarse episcopalmente,» ἐπισκοπιῶν; κινουμένη. Si registramos estos hechos, no es ciertamente por rebajar grandes espíritus ó por el triste placer de encontrar plomo vil en el oro puro, sino porque este tono de polémica vino á ser habitual, y la violencia de las palabras en las discusiones teológicas hubo de preparar la violencia de los actos en la represión de las herejías y en las guerras religiosas.

(1) Bossuet: *Disc. sobre la Hist. Univ.*, 2.^a parte, cap. XX.

(2) Teodoro, II, 17. Véase en esta singular proposición cuán lejosa estaba el emperador de la idea que los obispos de Occidente se formaban de la importancia y del carácter unitario de la silla romana. Sozómene (*Hist. eclesiast.*, IV, 15) dice que Liberio y Félix gobernaron juntos la Iglesia de Roma.

en las ideas, y la turbación en las iglesias. Consagrado Melecio obispo de Antioquía, quedó privado de su silla al mes de su elección, por un concilio que promulgó una nueva profesión de fe, la décima sexta desde la de Nicea!

Y todavía iba á ser necesaria otra, porque después de los adversarios del Hijo, se levantaban los del Espíritu Santo, que no recobró sus derechos hasta el concilio ecuménico de 381. Y después corría la sangre. Pablo, el obispo ortodoxo de Constantinopla, cuatro veces ya desposeído de su silla, fué aherrojado y conducido hasta el pie del Tauro, encerrado en un caserón, privado de alimento y por último estrangulado.

Su competidor, el semi-arriano Macedonio, había hecho cruda guerra á los ortodoxos y á los novacianos, cristianos rígidos que hacían muy estrecho el camino del cielo (3); derribó sus iglesias y depuso á sus obispos. Sócrates refiere de él abominables crueldades, que apenas podrían creerse si no fuera cosa sabida que de todos los odios sociales, los más violentos han sido siempre los odios religiosos. Macedonio fué depuesto á su vez después que un encarnizado combate hubo inundado de sangre el pavimento de la iglesia de los Santos Apóstoles (360).

El 2 de agosto, cuando Liberio volvió á Roma, un tumulto popular expulsó de la ciudad á Félix; pero poco después lo llamaron sus clérigos y sus fieles. Otro tumulto lo forzó otra vez á abandonar su silla, dejando muchos muertos tras sí.

Las mismas escenas de violencia ocurrieron en Alejandría: contra el obispo que ha ocupado su silla, retuerce Atanasio las acusaciones de rapiña, de robo y simonía, que los arrianos le habían hecho á él.

Así, pues, mientras los verdaderos cristianos, los que habían heredado en espíritu el gran pensamiento del Maestro, *beati pacifici*, vivían en la oscuridad, en el silencio y la oración, buscando á Dios y encontrándolo en la caridad y el sacrificio, los hombres de combate llevaban á toda, partes palabras de cólera y se mataban por una palabra cuyo profundo y oscuro sentido no comprendía el mayor número.

Pero esta palabra era en sentir de los doctores ortodoxos el punto capital de la doctrina; á los ojos de los doctores arrianos, una sutileza inútil; al parecer de los filósofos, una impertinencia para con el Creador, á quien aquellos hombres pretendían dar su condición, y la multitud, amenazada por los hábiles ó los violentos, añadía á los argumentos teológicos la sedición y el asesinato.

Y es que esta palabra servía de bandera á los políticos, que en la nueva sociedad se disputaban los honores y los bienes temporales de la Iglesia con el poder de conducir á los fieles á la salvación por vías determinadas. De este derecho de mandar, que es la suprema ambición de tantos hombres y que se había reservado hasta entonces á la autoridad civil, por cuenta del Estado, acababa de apoderarse la Iglesia en nombre del cielo y lo transmitía á sus ministros. Una ambición muy resuelta ó inconsciente se mezclaba á los cálculos más interesados de los unos y á la fe más viva de los otros; de modo que la tierra y el cielo se unían para exaltar las pasiones que se disputaban aquel nuevo gobierno de las almas, segundo imperio establecido en el seno del primero (4).

(3) En Nicea, el gran Constantino, después de haber escuchado á uno de los doctores de esta secta, hubo de decirle: «Doctor Acesio, toma una escala y sube tú solo al cielo» (Sozómene, I, 22).

(4) Era inevitable que en este cuerpo de la Iglesia, tan numeroso ya y tan rico, dejaran de mezclarse las cuestiones de doctrina con las de ambición, é imposible que no se disputaran los puestos lucrativos.

En Constantinopla, en Roma y en Alejandría estaba la policía fuertemente organizada, y sin embargo se asesinaba impunemente. ¿Qué sería en las ciudades donde ninguna fuerza armada mantenía la paz pública? «Bajo el imperio de Constancio, escribe Juliano, los ciudadanos eran encarcelados, perseguidos y desterrados. En Cícico y en Samosata se han degollado multitud de hombres, sospechosos de herejía; en la Paflagonia, la Bitinia y la Galacia se han saqueado y destruido ciudades enteras.»

Un escritor eclesiástico habla de un combate por causa religiosa en el cual hubieron de perecer hasta 4,000 soldados, lo que autorizaría á creer una matanza mucho mayor de los adversarios.

Saliendo de su calma habitual, exclamaba Amiano Marcelino: «Las fieras no son más crueles para el hombre que la mayor parte de los cristianos entre sí.» Gregorio Nacianceno deploraba que el reino de los cielos fuera un caos en que se agitaban todos los furiosos del infierno (1).

Las virtudes ocultas en el fondo de muchas casas cristianas no brillaban á todos los ojos. Todos, al contrario, veían las conversiones interesadas de los funcionarios y la sociedad profundamente turbada por las agrias disputas de los doctores, por los tumultos de los herejes ó de los ortodoxos. Así, es lícito pensar que el fervor pagano de Juliano hubo de aumentarse al espectáculo de aquel inmenso desorden y al ruido de las pretensiones de la Iglesia, que poniendo ya al obispo por encima del príncipe, amenazaba destruir de un mismo golpe la religión y las instituciones del imperio.

Con todo eso, si la ambición episcopal era mala, la teoría contraria de la subordinación de la Iglesia al Estado no era mejor. Cuando Constantino y su hijo hacían de sus obispos funcionarios obedientes, preparaban aquella Iglesia de Oriente sujeta al poder civil, cuyo oficio fué estéril para la obra general de la civilización. Si la otra, hecha ya soberana de los pueblos y de los reyes, hizo derramar mucha sangre y detuvo durante mucho tiempo el vuelo del

pensamiento, pagó á lo menos esta dominación con obras magníficas en las letras y las artes, con fundaciones útiles y sacrificios heroicos. A mediados del siglo cuarto reclamaba la libertad y no pretendía aún el poder que las circunstancias pondrán un día en sus manos (2).

Así, pues, estamos por Atanasio y por su Iglesia libre contra los eusebianos y su clero, dócil instrumento de la autocracia, como estaremos contra los que más tarde querrán reducir el Estado á ser sólo el brazo de la Iglesia. La antigüedad, salvo el tiempo de las persecuciones, había vivido sin inconveniente de esta mezcla adúltera de la religión y la política, que hizo la fuerza de las antiguas ciudades. La Edad media vivirá también, y á su vez perseguirá. Nuestras sociedades modernas quieren dar la libertad á los dos adversarios, y éste será el fin de una de las grandes etapas de la humanidad. Añadamos para ser justos que en el siglo cuarto, ni príncipes ni pontífices podían pensar en reconocer la independencia de estas dos fuerzas sociales; pero luchaban con tal violencia una contra otra que «aquel siglo de esplendor teológico fué el prólogo de la barbarie.»

En las narraciones precedentes se han leído palabras de combate y visto grandes violencias: era la historia de la Iglesia militante, que si satisfacía la conciencia religiosa de los unos, vulneraba la conciencia política de los otros. Si hemos presentado lo que de ordinario se oculta, si pasamos de largo sin detenernos ante virtudes privadas que se celebran y nosotros honramos, es porque nuestra labor es el estudio de la vida pública del pueblo romano y la investigación de las causas que arruinaron el Estado. A los hagiógrafos toca presentar, como compensación de las desgracias del imperio, la pureza de vida, la caridad de piadosos obispos, de santos personajes y nobles matronas; á nosotros, que desde tanto tiempo há vivimos con ese pueblo y lo vemos morir, atravesar tristemente el siglo cuarto, en que el ruido de las disputas y contiendas religiosas impide oír los pasos de los bárbaros que se acercan y en que Dios tuvo muchos adoradores interesados, la patria ninguno.

CAPÍTULO CVII

JULIANO (3 NOVIEMBRE 361—26 JUNIO 363)

I.—LA REACCION PAGANA.

Juliano no era el filósofo que, dueño de sí mismo, tiene el ánimo libre de temores supersticiosos y de curiosidades peligrosas ó estériles: era un devoto, y un devoto tanto más sincero cuanto que razonaba su fe; su religión era un sistema. Para establecerlo, había puesto á un lado las contradicciones de los maestros del pensamiento humano (3) y las fábulas de la mitología, demasiado encantadora; des-

Gregorio de Nacianzo (t. I, p. 5 y 335, ed. Billy) se queja de los «hombres sin virtud que se precipitan sobre el altar para hacerse una renta de la sagrada mesa,» y San Basilio (*Carta 54*) habla de los que se hacían clérigos por no ser soldados. Miserias de todos los tiempos.

(1) Juliano, *Carta 52*; Sócrates, II, p. 38; Amiano Marcelino, XXII, 5: «...nullas infestas hominibus bestias, ut sunt sibi ferales plebique christianorum. A estas turbaciones en las provincias orientales hay que añadir las de Africa, donde continuaban los furiosos y los crímenes de los vagabundos, circumcelliones.»

pués de la confusa mezcla de las enseñanzas dadas en los libros, en las escuelas y en los misterios, sacó para su uso una especie de revelación, que puede llamarse el helenismo y que oponía él á la revelación judía. La sabiduría pagana ¿no provenía también de los dioses y de los hombres, sus intérpretes? Más adelante veremos su teología: hagamos constar sólo aquí su firme creencia de que interviniendo los dioses en las cosas de este mundo, enviaban á los hombres inspiraciones para dirigirlos en la vida, porque esta creencia determinó su conducta política. «¿Qué motivo me hizo venir de las Galias, escribía, después de la muerte de Constancio? Una orden de los dioses, que me prometieron la salvación, si obedecía.»

(2) En su *Historia de los arrianos*, dirigida toda ella contra Constancio, no reclama Atanasio más que la libertad religiosa; Ambrosio irá más lejos.

(3) No hacía á los materialistas ni escépticos, á Epicuro ni á Pirrón, el honor de comprenderlos entre los filósofos. Llamaba al incrédulo Enomaos, el autor de «Los Charlatanes descubiertos,» *alma bestial*. *Disc.*, V y VII.

Así, pues, la cuestión religiosa fué el principal asunto de su reinado: lo demás es episódico y pocas palabras bastarán para referirlo. Después estaremos más desembarazados para exponer la reacción pagana que procuró operar.

En política como en religión, Juliano es un hombre del pasado. Tenía razón en prescindir del ceremonial servil de la corte, en rechazar los títulos de amo y señor y en creer que para la trasmisión del poder, la adopción valía más que la herencia; pero no tenía razón en copiar, exagerándola, la conducta de los Antoninos respecto del senado: era engañarse sobre los hombres y el tiempo.

Hemos expuesto los motivos del respeto de aquellos príncipes al último resto de la república, que si no era temible, podía ser todavía útil. Pero en el siglo cuarto no existían ya estos motivos, y una deferencia afectada con la humilde asamblea reunida en Constantinopla estaba en contradicción con el nuevo estado del gobierno, de la corte y de las costumbres públicas. Cuando Juliano asiste á la curia como simple senador, ó conduce á ella á los cónsules yefdo á pie delante de su carro de gala; cuando en el circo mantiene en las sombras su majestad imperial para dejar todo su esplendor á la dignidad consular; cuando, en fin, por haber manumitido inadvertidamente á los esclavos á quienes debían dar la libertad los cónsules al entrar en funciones, se condenó á una multa de diez libras de oro, hace política menuda, la de las apariencias; hasta pudiera llamarse la política de la hipocresía, si Juliano, un letrado, un sabio que tenía más memoria que imaginación, no hubiera sido completamente sincero en esta evocación del pasado. Habiéndole presentado una apología del cristianismo, escribió al pie: «He leído, he comprendido, he condenado.» Las palabras de César que imitaba habían expresado una verdad heroica; las suyas no eran más que una pedantesca reminiscencia. Sus últimas palabras serán otra: á orillas del Tigris morirá, como en Atenas Sócrates, repitiendo una página del *Jedon*.

El primer cónsul que nombró fué un retórico, Mamertino, que le dió las gracias por este honor en una arenga vacía, aunque sonora, en que decía: «La filosofía, en otro tiempo sospechosa y tenida por culpable, hoy vestida de púrpura y coronada de oro y perlas, se sienta en trono imperial.»

No siempre se mostraba con tan suntuosa ostentación, como quiera que Juliano entendía ser filósofo así por el traje como por las ideas. En efecto, mientras algunos sofistas, llamados á la corte, ostentaban un lujo insolente gracias á sus liberalidades (1), el emperador iba pobremente vestido, y su frugalidad era para desesperar á un cínico. Esta afectación de sencillez muy buena para la Esparta de los antiguos días, ridícula en el trono de Bizancio, revela en aquel amable y elevado espíritu, en aquel corazón honrado, pueriles debilidades.

Sin embargo, este desdén de las pompas oficiales salvó á lo menos á un inocente, que en tiempo de Constancio hubiera sido un culpable, un condenado. Acusábase á un personaje de ambiciosos designios, sólo por tener una tú-

(1) Eunapio, *Maximo*, y A. Marcelino, XX, 12-13. Juliano escribió dos tratados contra los falsos cínicos que procuraban explotar su filosofía y su austeridad. San Juan Crisóstomo, en su libro sobre *Babilias contra los Gentiles*, representa á Juliano siempre rodeado de magos, encantadores, de gente perdida, de cortesanas invencibles, y San Gregorio Nacianceno (*Disc.*, IV) habla lo mismo. Véase á qué grado de odio y de injusticia puede llevar un santo celo aun á los más elevados espíritus. Juliano tuvo ciertamente á su lado un número excesivo de sacerdotes de su culto, adivinos, augures y taumaturgos (véase Am. Marcelino, XXII, 12); pero su palacio estuvo siempre cerrado á los hombres de desordenada conducta y mucho más á las mujeres desvergonzadas.

nica de púrpura. Juliano encargó al delator llevarle unos borceguies del mismo color para completar el traje.

Por lo demás, sus rarezas no le impedían conservar la plenitud del poder imperial, y había aprendido en Galia á hacer buen uso de él. A pesar de su filosofía, ó á causa de ella, se formaba la más alta idea de los deberes del príncipe, «que debe alejar de su ánimo todo lo vulgar, elevarse por encima de los demás hombres y venir á ser una especie de ser divino... Para que el gobernante sea mejor que los gobernados es preciso que la ley, emanación de la pura razón, reine sola y no la voluntad arbitraria de un hombre, que puede ser un bruto en un palacio.»

Nobles pensamientos, pero de aplicación difícil. Juliano procuró á lo menos acercarse á este ideal. Sobre su espíritu de justicia nos queda una página de Marcelino que le



Juliano

hace mucho honor, como escrita por un autor que fué un hombre de bien, un patriota, un soldado, jamás un cortesano; que amaba á Juliano y vitupera, sin embargo, algunos actos suyos; que pagano, no tuvo por el paganismo enojoso fervor, se mostró justo con los cristianos y no comprendió en la cuestión religiosa más que la libertad dejada á cada uno para practicar el culto que prefería.

«En vez, dice, de abandonarse á las seducciones aplicaba Juliano todas las fuerzas de su inteligencia á hacer justicia, á reprimir el fraude y á proteger el buen derecho. No hay ejemplo de que la religión de las partes haya tenido nunca influencia en sus decretos. La conciencia del juez no debe hacer acepción sino de lo justo y de lo injusto, y antes que él se olvidara de observar esta regla, hubiérase olvidado un marino de velar sobre los escollos de que la mar está sembrada.»

Empezó por hacer favores á Constantinopla, donde había nacido, y cuyos habitantes le llamaban «el hijo de la ciudad.» Aumentó los privilegios de su senado; la dotó de un puerto abrigado contra los vientos del Mediodía, de un pórtico y de una biblioteca en que él depositó los primeros manuscritos. En cuanto al imperio, perdonó los atrasos de las contribuciones, disminuyó las cuotas y declaró que el pesado impuesto del oro coronario debía ser siempre voluntario. Era su donativo de feliz advenimiento (2).

(2) Temístio escribía en 357, en su discurso VIII (ed. Hardouin,